

Proponemos para los subsidios de la CAAM de este año 2009, tomar alguna de las 19 preguntas del Sínodo sobre la Palabra de Dios en la Vida y Misión de la Iglesia, e intentar darle respuesta a través de algún artículo de autores reconocidos que aborden el tema.

Pregunta 4 del Sínodo: ¿Cómo formar en la lectio divina?

La lectura cristiana de la Biblia

1. Hacer una lectura respetuosa

La principal preocupación que debe guiar nuestro primer acercamiento a un pasaje de la Biblia es la de tratar de descubrir la experiencia creyente que dejaron reflejada en ella nuestros antepasados en la fe y acercarnos a dicha experiencia con un gran respeto. Para ser respetuosos con ellos es necesario, en primer lugar, tener mucho cuidado para no proyectar sobre el texto, consciente o inconscientemente, nuestra subjetividad; hemos de evitar leer la Biblia desde nuestras propias ideas (personales o de grupo), o desde nuestra propia comprensión de la realidad. La Biblia nació en una cultura distinta a la nuestra y en una época de la que nos separan miles de años. Acercarnos a la Biblia es como acercarnos a una persona que ha nacido en una cultura distinta a la nuestra. Necesitaremos algún tiempo para conocer sus costumbres y su forma de actuar, lo que ciertas cosas significan para ella, sus recuerdos de familia, etc. También necesitaremos algún tiempo para conocer el mundo de la Biblia y aprender a leerla siendo respetuosos con ella.

Para ayudarnos en esta tarea, los estudiosos de la Biblia han trabajado incansablemente muchos años. En el último siglo han desarrollado una serie de métodos y acercamientos que tratan de introducirnos en esta lectura respetuosa de la Biblia, ayudándonos a evitar el peligro de una lectura literalista o interesada, que se conoce con el nombre de lectura fundamentalista. Por supuesto que no es imprescindible conocer los mecanismos de todos estos métodos científicos, basta con que cada uno a su nivel haga este esfuerzo de acercarse con respeto al texto. El primer paso puede ser consultar las notas que las ediciones de la Biblia suelen traer, el segundo consultar algún comentario sencillo y así, poco a poco, ir aprendiendo a leer el texto desde él mismo, no desde nosotros.

Todos los métodos y acercamientos que utiliza la exégesis conducen a este objetivo, pero para hacer una lectura creyente de la Biblia hay que dar prioridad a aquellos que ayudan a descubrir mejor la experiencia de fe que está detrás del texto. Lo que el creyente busca en la Biblia es, ante todo, la experiencia de sus antepasados en la fe que se encontraron con Dios y han dejado plasmada su experiencia en los libros de la Biblia. La verdad que encierra la Biblia para él no es de tipo científico, ni siquiera histórico, sino la verdad de una experiencia concreta que la Iglesia ha reconocido como ejemplar y dinamizadora de la fe al recibir estos libros en el canon de las Escrituras.

2. Mirar la vida en toda su profundidad

El creyente no lee la Biblia para saber más cosas sobre ella, sino para entender su propia vida. Por eso, en el proceso de lectura cristiana de la Biblia es muy importante aprender a mirar la propia vida en toda su profundidad; no sólo en su dimensión personal, sino también en su dimensión social e histórica. De este modo se ponen las bases para el diálogo entre la experiencia reflejada en los textos de la Biblia y la experiencia de quienes la leen. La relectura que los primeros cristianos hicieron del AT nos enseña que las Escrituras revelan el sentido de los acontecimientos y que los acontecimientos revelan el sentido de las Escrituras. En el diálogo que supone este proceso de lectura, la Escritura ayuda a comprender, desde la mirada de Dios y desde su plan salvador, lo que nos sucede hoy con una claridad y una certeza que no podríamos alcanzar de otra forma; otras veces es la vida, sobre todo las nuevas situaciones, la que pone de manifiesto el alcance hasta entonces oculto de algunos pasajes.

Cuando afirmamos que la Palabra de Dios es una palabra viva, queremos decir que aquellas experiencias de fe del pasado tienen como objeto iluminar las experiencias de fe de cada generación y, dentro de cada generación, las experiencias que se viven en diversas situaciones personales y en

diversos contextos sociales. Los creyentes leemos la Biblia desde nuestro puesto en la vida y es evidente que lo hacemos desde situaciones y contextos distintos. Esto significa que, al cambiar uno de los dos interlocutores que intervienen en el proceso de lectura, es posible que cambie también el contenido de la conversación y los resultados de la misma.

Es legítimo hablar de una pluralidad de interpretaciones, que nacen de una lectura de la Biblia en diferentes contextos. Las preguntas que se dirigen a los textos, la sensibilidad desde la que se hacen y las resonancias que se encuentran son distintas. Y así la luz que encuentra en un texto concreto una comunidad de base en América Latina, en medio de una situación de inseguridad e indigencia, es distinta de la que percibe una comunidad en la Europa rica, que goza de prosperidad económica y de bienestar. No estamos hablando ahora de la interpretación dogmática de los textos, que sirve como fundamento a la reflexión teológica y a la fe, sino de la lectura cristiana de la Biblia que busca en la Palabra de Dios aquello que buscaban los primeros cristianos: luz para el sendero de sus vidas. En este tipo de lectura cabe y es deseable una pluralidad de interpretaciones, que revelan la riqueza insondable de la Palabra de Dios, que es nueva en cada generación; una pluralidad que debe mirar siempre a la unidad y tener en cuenta la tradición de la fe.

3. Leer en comunidad

La dimensión comunitaria de la lectura cristiana de la Biblia plantea el problema de quién es el sujeto de su interpretación. ¿A quién corresponde la interpretación: a los expertos, al magisterio, a los sencillos a quienes Dios revela sus secretos...? La experiencia de las comunidades lucanas nos dice que el auténtico intérprete de las Escrituras es la comunidad guiada por el Espíritu. Dentro de la comunidad, sin embargo, existen diversos carismas y todos ellos han de participar en el proceso de interpretación, porque de otra forma la presencia del Espíritu no sería completa. La comunidad cristiana guiada por el Espíritu es, pues, quien puede hacer una lectura más penetrante de la Biblia. Es también el espacio donde acontece el diálogo entre la Biblia y la vida. En esta búsqueda del sentido del texto para nosotros hoy, la comunidad debe escuchar a los estudiosos de la Biblia, que la ayudan a leer el texto respetuosamente; a la gente sencilla, que es capaz de captar mejor su referencia a la vida; y al magisterio vivo de la Iglesia que ha recibido el encargo de interpretar auténticamente la palabra de Dios. Estas tres referencias son obligadas para que la interpretación sea verdaderamente eclesial.

En este contexto podemos preguntar qué sentido tiene la lectura individual, que el Concilio recomienda (D. V. n° 25). Ciertamente es muy importante, pues gracias al estudio y a la meditación personal, la lectura comunitaria es más rica y más plena. Es conveniente, pues, que la lectura individual preceda a la lectura comunitaria para prepararla y la continúe en la meditación y asimilación personal, teniendo siempre en cuenta que la interpretación de la Escritura no es un asunto privado, sino que corresponde al Espíritu que asiste y anima a la comunidad cristiana (2 Pe 2,20-21).

4. Teniendo los ojos en el Resucitado

En una lectura cristiana, que se hace desde los criterios de la fe, esta perspectiva es fundamental. La experiencia de los primeros cristianos nos enseña que hay una íntima relación entre Jesús y las Escrituras: por un lado, las Escrituras ayudan a descubrir quién es Jesús; y por otro Jesús resucitado la clave de las Escrituras y quien abre el entendimiento de los discípulos para comprenderlas. Las Escrituras nos hablan de Jesús. Los primeros cristianos descubrieron en las Escrituras muchas cosas sobre Jesús. Descubrieron, por ejemplo, cuál era el sentido que tenía su muerte en la cruz. Leyendo el Antiguo Testamento se dieron cuenta que Dios había anunciado a través de los profetas un siervo sufriente, que pondría su confianza sólo en Dios. A lo largo de la historia los cristianos han seguido descubriendo a Jesús en las Escrituras, y esto es lo que buscamos nosotros también cuando las leemos hoy.

La clave que da sentido a las Escrituras es Jesús. Por eso, cada vez que leemos un pasaje debemos preguntarnos cómo podemos comprenderlo mejor a partir de las palabras y de las acciones de Jesús. Esto es especialmente importante cuando leemos un pasaje del Antiguo Testamento, cuya plenitud

es Jesús, pero es también útil cuando leemos un pasaje del Nuevo Testamento, porque todas las Escrituras hablan de Cristo y en él encuentran su verdadero sentido.

La luz de la pascua de Jesús es la que ilumina nuestra comprensión de las Escrituras. Como sucedió con los discípulos de Emaús (Lc. 24,32) y con los apóstoles (Lc 24,45), es Jesús resucitado quien sigue poniendo fuego en nuestros corazones y abriendo nuestro entendimiento para que comprendamos adecuadamente las Escrituras. Quienes han tenido la experiencia de encontrarse con él y leen las Escrituras desde esta certeza, descubren en ellas un sentido más profundo. Jesús resucitado pone en ellos una luz nueva y más penetrante que les guía en la comprensión del mensaje que encierran para hoy.

Esta presencia de Jesús resucitado, que ilumina la mirada de los discípulos cuando leen las Escrituras en el seno de la comunidad reunida en el Espíritu, es la que mejor caracteriza la lectura cristiana de la Biblia. Es necesario reconocer que este tipo de lectura se hace desde unos presupuestos que la condicionan, que no es una lectura neutra. Pero al mismo tiempo hay que admitir que toda lectura se hace desde algunos presupuestos, y que no existe ninguna lectura neutra. La lectura desde la pascua de Jesús es coherente con la comprensión que las Escrituras cristianas (el NT y el AT tal como lo leían los primeros cristianos) tienen sobre sí mismas. Al acercarnos a la Biblia desde este ángulo concreto la estamos leyendo en el mismo espíritu con que fue escrita, y somos fieles a la intención de sus autores, cuyo principal propósito fue confirmar y fortalecer la fe de las comunidades a las que se dirigían (véase Lc 1,4; Jn 20,30-31).

*Fuente: Curso para animadores de grupos bíblicos
de la Diócesis de Huelva, La Casa de la Biblia*